
Leopoldo González Aguayo*

GEOPOLITICA DE LOS RECURSOS

del llamado Medio Oriente

Introducción

Me han pedido participar con un trabajo que contemple la geopolítica de los recursos estratégicos del llamado, por los europeos y por el famoso almirante norteamericano Alfred Thayer Mahan: Medio Oriente.

De toda la extraordinaria cantidad de material que recientemente se ha escrito, sobre los problemas de la región, me propongo hacer más que una síntesis, una reflexionada selección de los diversos materiales, que nos permita plantear y dilucidar sólo las reglas geopolíticas de tan difícil objetivo.

Desde luego, para entender lo que significan los recursos estratégicos, nos valdremos del concepto que sobre recursos naturales plantea el geógrafo y especialista francés Olivier Dollfus, quien al respecto dice lo siguiente:

Los <recursos naturales> de un determinado espacio solo adquieren valor en función de una sociedad, de una época y de técnicas de producción igualmente determinadas; mismas que, a su vez, resultan relativas tanto respecto a un modo de producción como a la coyuntura de una época. La noción misma de recursos naturales se muestra curiosamente estática y su inventario se nos revela frecuentemente absurdo. Dicha noción de recursos naturales plantea una falsa relación entre el hombre y el medio, ya que, como se sabe, no existen tales recursos de manera absoluta: los <recursos> solo son utilizables y aprovechables en función y con respecto a un cierto nivel de desarrollo técnico, así como a la situación geográfica de un espacio”.

Para agregar, más adelante, el mismo autor: “...un mismo recurso ofrece diferentes posibilidades de utilización dependiendo de las épocas y de las técnicas” (Dollfus, *L'Espace Géographique*, París, PUF, 1970, p. 38).

Es decir, nos interesa destacar el criterio geopolítico altamente dinámico, con que

* Profesor adscrito a la Coordinación de Relaciones Internacionales de la FCPyS-UNAM.

deben verse y contemplarse los recursos naturales y estratégicos, así como los profundos cambios que sobre ellos desatan las necesidades económico-tecnológicas y, consecuentemente, políticas tanto de las sociedades cuyos territorios los albergan, así como de todas aquellas sociedades externas con ambiciones particularmente interesados en ellos.

Luego entonces, el concepto de recurso natural y el de recurso estratégico, es mucho más amplio y variable en el tiempo y en el espacio de lo que normalmente imaginamos. Abarcando, desde yacimientos y fuentes minerales muy diversas, así como combustibles de este origen, pasando por las concentraciones de recursos bióticos: flora, fauna, lógicamente, los asentamientos humanos y su respectivo grado de organización y desarrollo, así como, naturalmente, la posición, conformación, ubicación, distribución y ponderación estadístico-geográfica de tierras, aguas, así como de territorios insulares a disposición de las diversas comunidades, donde tales sociedades se encuentren y localicen.

Por su parte, respecto al concepto de *geopolítica* me excuso por, en este caso, utilizar una definición propia, la que estoy manejando en un estudio aun inédito, la cual reza así: Geopolítica es el arte o la ciencia que permite a la dirigencia de países y sociedades, conocer, con respecto a sus vecinos y al resto de la sociedad internacional, tanto las ventajas materiales y sociales que se disfrutan y disponen, como las limitaciones inherentes a sus correspondientes entidades. En segundo lugar, dicha ciencia o arte, no solo facilita sino clarifica y amplía el escenario, permitiendo encontrar alternativas políticas que, eventualmente, sirvan de apoyo, neutralicen y superen escollos o dificultades estructurales. En tercer lugar, la Geopolítica es un excelente aliado para identificar oportunamente, la naturaleza y carácter de esas mismas alternativas. Y, aún podríamos agregar: la Geopolítica, por definición, utiliza las reglas y herramientas de la *estrategia*, lo que la hace precioso elemento, decisivo y confiable, no solo para la planeación, sino consecuentemente, para la prospectiva y la previsión.

Por último, para entender las finalidades de la *estrategia*, utilizaremos uno de los precisos conceptos elaborado por el muy prestigiado especialista francés aún viviente, el general André Beaufré, quien señala al respecto: “la estrategia tiene por finalidad alcanzar los objetivos fijados por la política, utilizando lo mejor posible los medios de que se dispone” (Beaufré, *Introducción a la Estrategia*, Buenos Aires, Edit. Struhart & Cía., 1982, p. 18).

En consecuencia, por recursos estratégicos, debemos entender: todos aquellos recursos escasos que, en función del tiempo social y las necesidades económico-político-militares, se consideran indispensables para garantizar, simultáneamente, la vida y los intereses de una o varias sociedades contemporáneas.

La aplicación de estos conceptos al llamado Medio Oriente

Evidentemente, la necesidad y ambición sobre los recursos estratégicos se manifiesta entre y sobre los pueblos del llamado medio oriente desde tiempos inmemoriales. Tanto es así que, si bien estamos seguros que la especie humana no es originaria de estas regiones, casi todos también coincidimos en que aquí se dio, o surgió, el origen y el despertar de las civilizaciones. Dado que, al menos, en esta extensa área se encuentran no sólo los yacimientos arqueológicos sino los testimonios de los sistemas sociales más antiguos, hasta hoy conocidos.

De esta forma, para los fundadores de los imperios, desde: sumerios, caldeos y babilonios, hace cuatro y cinco mil años, hasta los británicos durante el siglo pasado, pasando por: egipcios, fenicios, griegos, macedonios, bizantinos, árabes y otomanos, todos tienen en común ambicionar el control y dominio de los elementos estratégicos que encierra la región.

De conformidad con las definiciones anotadas, algunos de esos elementos podrán variar en importancia, según la época. Por ejemplo, la presencia permanente de las feracísimas tierras situadas en las llanuras aluviales del Tigris y el Eufrates, elemento del que hubiera dependido la seguridad y permanencia de antiquísimos asentamientos, así como su respectiva conversión, equivalente a una profunda mutación social, al pasar estas primeras comunidades, del pastoreo y la recolección, a la agricultura.

Elemento tierra de labor que, si indiscutiblemente seguía siendo una constante, no fue ni con mucho el más atractivo para obligar, por ejemplo, la presencia de la lejana metrópoli británica, en esa área.

Más bien, en especial para el caso británico, bastante cimentado para la época en la revolución industrial y financiera, deberíamos pensar en elementos de otra índole, de entre los que encontraríamos, al menos tres. Todos ellos, igual y supuestamente constantes, desde el punto de vista de su presencia y localización en la región, aunque, sin embargo, solo dos de ellos cumplirían el requisito de recursos estratégicos permanentes.

El primero de ellos es aquel derivado, de: la conformación, localización y ubicación geográfica. Constante, que los estrategias de virtualmente todos los imperios mencionados entendieron perfectamente, dado que, justamente, la región se localiza en el cruce de los caminos entre las tres enormes masas geográficas y sus respectivos pueblos. Es decir, las de: Africa, Europa y Asia, incluyendo como solo se da en otras dos grandes regiones similares o equiparables en el mundo (el Caribe y el Sudeste de Asia): amplísimas y cómodas entradas marítimas, con mares, golfos, extensas bahías, radas, ríos y regiones lacustres, navegables en todo tiempo, así como multitud de islas de diversos tamaños e importantes y bien localizadas penínsulas. Todo lo cual permitió enlazar con facilidad las rutas terrestres, haciendo del conjunto un intrincado y eficiente sistema de transportes y comunicaciones, utilizado en los últimos 10 mil años.

El segundo elemento estratégico permanente, sería el desprendido de la diversidad de pueblos, culturas, albergando toda suerte de volúmenes demográficos, que se dan cita en tan amplia región. Multitud de pueblos (casualmente similar a lo que ocurre en las otras dos regiones mundiales mencionadas), ubicados y ocupando todo tipo y género de espacios, pertenecientes a etnias y culturas diferentes y aglutinándose en sociedades con intereses, lógicamente, algunas veces convergentes, pero tampoco resulta extraño encontrarlos precisamente contrapuestos y divergentes.

El tercer elemento estratégico, es el derivado de recursos naturales de muy alto valor, que complementaban y en buena medida justificaban a los anteriores recursos, como por ejemplo: las importantes pesquerías que se localizan en las aguas de sus golfos, tanto respecto a bancos de peces como de perlas, ambos elementos intensamente explotados desde tiempos remotos. Naturalmente, desde fines del siglo XIX y primeras décadas del presente, el petróleo, aunque presente en el subsuelo de la región desde hace millones de años, solo las necesidades económico-político-militares y los avances tecnológicos, permitieron su explotación en la región (al igual que en el área del Caribe), en fechas relativamente recientes.

Las necesidades y estrategias de las ocho grandes potencias marítimas de la época moderna

El análisis estratégico de los recursos de la región, de igual manera que el de las otras dos grandes regiones marítimas ya mencionadas, se facilita si recordamos el especial interés que despertó en los creadores de los ocho grandes imperios marítimos, su presencia en dichas regiones. Nos referimos a la dinámica desplegada, en orden cronológico, para cubrir sus necesidades estratégicas, en los últimos quinientos años, por las siguientes potencias: Portugal, España, Holanda, Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Japón y Unión Soviética, las dos últimas en el curso de las últimas cuatro décadas. Todas ellas necesitadas de ubicar sus colosales intereses y mantener su presencia, en las tres zonas geopolítico-marítimo capitales, a que ya hemos aludido.

La geopolítica de los transportes y de las nuevas comunicaciones, principalmente marítimas, por una parte, así como la geopolítica tradicional de las potencias regionales, por otra, permitieron desplegar simultáneamente, un doble sistema de anillos de interés e influencia. El primero, normalmente asegurado por las potencias tradicionales de la región que nos interesa. Es decir, el del imperio otomano, durante el último medio milenio, anillo de interés cediendo gradualmente al empuje de las nuevas y crecientes esferas de influencia, especialmente las encaminadas bajo iniciativa francesa y británica, durante poco más de siglo y medio (fines del siglo XVIII hasta los años sesenta de nuestro siglo). Esta última esfera de influencia, sustituida a su vez, durante las últimas tres décadas, por el doble empuje nuevamente simultáneo: estadounidense y soviético, virtualmente casi hasta nuestros días.

Sin duda las grandes potencias marítimas, se beneficiaron con la explotación de los recursos naturales, originalmente presentes en tan vitales zonas, pero lo que particularmente buscaron, fue primeramente ubicarse en las codiciadas confluencias interoceánicas que, justamente, coinciden y aumentan exponencialmente la importancia estratégica de dichas regiones. Ni más ni menos, al convertirse con sus respectivos pasos naturales y artificiales, en las yugulares de la revolución en los transportes y las comunicaciones, desatada a partir de los últimos cinco siglos, por las necesidades propias del capitalismo. Asegurando con ello, tanto la riqueza como el predominio mundial de estas colosales potencias.

Esto quiere decir, que elementos a los que hemos hecho alusión, del tipo de la variedad, diversidad y riqueza de intereses entre los pueblos presentes en dichas regiones, que antropológica y etnográficamente pueden resultar un tesoro, estratégicamente se convirtieron en envidiables y vulnerables mecanismos que facilitaron la implantación de los intereses de las grandes potencias marítimas. Obviamente, a fin de excluir a las otras, e incluso para magistralmente utilizarlos y definitivamente tapar el camino al acceso y, eventualmente, al ascenso de otros posibles rivales. Tal como ocurrió, desde mediados del siglo pasado, al desplegar Francia e Inglaterra intensas labores, a fin de prevenir y evitar tanto la salida a Mediterráneo como al golfo Pérsico, primeramente por parte de la Rusia Zarista, e inmediatamente después, estrangular las iniciativas encaminadas en el mismo sentido, por la Alemania Imperial. Apoyándose para el efecto en una cadena de países, que, en consecuencia, hicieran las veces de Estados "tapón", a efecto de contener definitivamente a tan peligrosos e inquietantes rivales. Cadena "amortiguadora" en sucesión continua, integrada tanto por los países balcánicos del Mar Negro, como por el Imperio Otomano, así como por Persia y Afganistán.

Ahora bien, si tenemos en cuenta que el petróleo ya era un recurso perfectamente conocido en la región desde fines del siglo pasado, imaginemos lo que significó para los victoriosos aliados, especialmente Inglaterra y Francia, la derrota de las potencias centrales, en el gran conflicto 1914-1918, al conllevar, entre otras cosas, la desintegración del Imperio Turco y el tutelaje de las antiguas provincias otomanas, decelando los fantásticos yacimientos de hidrocarburos, en la fórmula de Mandatos otorgados a las triunfadoras por la Sociedad de Naciones.

Prácticamente de estas colosales regiones petroleras, saldría el escenario de los nuevos Estados, que jugarán un decisivo papel, tanto durante el Segundo Gran Conflicto Mundial, en el curso del largo periodo de la llamada Guerra Fría y lo que podríamos denominar, periodo de post-guerra fría, que aún estamos viviendo.

Naturalmente, para la Gran Bretaña y Francia se volverá una necesidad, a los fines geopolíticos del control de estas vastas e inestables nuevas regiones de sus respetables imperios, crear y dotarse de todos los instrumentos de seguridad, capaces de prevenir, neutralizar y disuadir, en el futuro, el surgimiento de nuevos actores y potencias contiguas, eventualmente en curso geopolítico de colisión. De esta manera, en determinadas áreas y líneas fronterizas, alentaron en diversos momentos, la interposición y creación de ciertos Estados, a quienes se asignó el papel de "tapón" o "amortiguadores", respecto de esas previsibles tensiones: caso de Líbano y Jordania, ubicados entre Siria e Israel, o bien, cubriendo el papel tanto de "amortiguadores" y, a la vez, de "enclaves": como el asignado a Kuwait, entre Irak y Arabia Saudita.

Bibliografía

Consultar: Michel Foucher, *Fronts et Frontieres*, Paris, Edit. Fayard, 1988, capítulos XI y XII, pp. 301-361. También: del estudio de próxima aparición del autor, *Introducción a la Geopolítica y la Estrategia*, especialmente el capítulo titulado: "Geopolítica de los Estados <tapón>".

